

La transparencia de las ventanas

Ensayos sobre la mirada

Macarena García Moggia

Prefacio

Levantarse la cabeza

Tengo un recuerdo impreciso. Me veo de niña frente a una ventana enrejada mirando caer la tarde sobre el pavimento gris. Un árbol de granadas escuálido se enreda en lo alto del cableado. Los autos pasan tan lentos como las horas y llevan las luces encendidas. Eso es todo. Al evocarlo, dudo si el recuerdo me pertenece o no. Es cierto que logro reconstruir sus coordenadas, las dimensiones de esa ventana, los rombos que componen la reja, la distancia que me separa de la calle, surcada por una fila de pastelones que dibujan, irregulares, el camino hacia la entrada. Sin embargo el gris de esa tarde, de esa calle, de esa ventana, bien podría confundirse con tantas otras ventanas vistas, leídas o escuchadas. Como si todos guardásemos, de cierta forma, un recuerdo más o menos semejante: el recuerdo de lo que pudo ser un tiempo lento, alejado aún de las pantallas, en el que las ventanas de la casa cumplían, a menudo, un papel similar: invitarnos a imaginar un exterior y a convertir en historia cualquier acontecimiento, por mínimo que fuera.

Ese tiempo parece lejano. Si la sensación que describo es certera, la sola imagen de esa ventana basta para hacernos una idea de lo que ya no está. No porque dejen de existir ventanas como aquella, o como esas otras tantas que cada uno conserva en la memoria, convertidas casi siempre en un cliché. Lo que parece ausentarse es ese tiempo, que es el tiempo de la infancia, pero sobre todo el tiempo de una mirada vaciada

que combina todo cuanto ocurre afuera con una suerte de paisaje interior y viceversa. Ese tiempo, diría, es siempre uno que ya pasó. Incluso si acontece ahora, lo hace para conducirnos lejos y devolvernos a esa ventana anterior. Esa ventana de las ventanas, como quien dice. Una ventana es, en ese sentido, siempre, al menos, dos.

Este libro reúne una serie de ensayos que hablan de la experiencia y la figura de la ventana. Fueron escritos en diferentes momentos y en estilos muy distintos, y en ocasiones vuelvo sobre motivos e ideas semejantes. Todos comparten, yo diría, un interés por elucidar lo que, sospecho, conforma un modo particular de aproximarnos al mundo de lo que se ve. No hay una tesis demasiado clara que unifique los textos, a no ser por la intuición de que las ventanas han escenificado, en la historia del arte europeo en particular, algo así como una disposición específica del cuerpo y la mirada, ligada a una forma de observar que puede considerarse al menos diferente, si no anterior, a aquella que obedece al régimen de la reproductibilidad técnica y la imaginería digital. Se trata de un hábito visual marcado por una tendencia a convertir en imagen todo cuanto es observado como forma, haciendo surgir de inmediato asociaciones de la memoria, el pensamiento y la imaginación. Por esa razón, en buena parte estos escritos se detienen en imágenes de carácter visual, aunque las hay también poéticas, filosóficas y narrativas. Lo que buscan es explorar, sin mayores orientaciones, en modalidades y sentidos diferentes de una experiencia tan común como apostarse, durante un lapsus, en el antepecho de un orificio abierto en una pared, poniendo especial atención al cuerpo, a menudo inquieto, aguzado por el secreto deseo de traspasarlas, de que algo, cualquier cosa, sea una piedra, un pájaro o una palabra las atraviese.

Acaso emulamos siempre, en la escritura, el movimiento de una mirada que desde el marco de una ventana se deja conducir hacia páramos tan habituales como desconocidos, pasajes no vistos, historias que resuenan de lejos, cuando lo cierto es que permanecemos quietas donde mismo, sin movernos a ninguna parte. Detenerse a mirar por la ventana,

ir lejos con la mirada y volver, fijarse en los detalles y al mismo tiempo especular, imaginar: ¿no es acaso en el vano de una ventana donde tantas veces levantamos la cabeza de un libro para dejarnos conducir por unos pensamientos cuyo origen y motivación inmediatamente olvidamos? ¿A quién no le ha pasado eso de leer levantando la cabeza, despegando la mirada del texto para alternarla, cada tanto, con ese otro texto que se extiende a nuestro alrededor o acaso afuera, más acá o más allá de la ventana, el «mundo»? Roland Barthes se hacía una pregunta similar para hablar de una lectura irrespetuosa, porque interrumpe el texto a la vez que se encuentra prendada de él, ya que a él retorna para nutrirse y volcarse luego, en una de esas, a la escritura.

Anota Elvira Hernández en *Pájaros desde mi ventana*: «No todo lo que vuela / es pájaro. / A veces lo que piensas / alcanza una pequeña altura». Y Rosabetty Muñoz, en *Técnicas para cegar a los peces*: «mirar por la ventana hacia el rincón / donde florecen los pensamientos».

Puede que sea ese el afecto, o bien el gesto que acompaña este libro: dejar que sea mi ventana, *todas mis ventanas*, las que interrumpan la lectura para invitarme a recordar, y con ello a imaginar las muchas otras ventanas contenidas, de alguna forma, en la mía; ventanas en su mayoría lejanas, lugares más o menos comunes de la pintura y la literatura modernas. Comencé a verlas, a decir verdad, por todas partes. Y como todo lo que se busca, como es sabido, se multiplica, llegué a imaginar un relato de la modernidad artística narrada desde esta posible entrada. ¿No es acaso esa misma historia, tal como se nos ha contado, una proyección arquitectónica que define espacios y fronteras, y sobre todo puertas, entradas y salidas principales? Las ventanas ofrecen, siempre, otra forma de entrar. Más riesgosa, quizás, inesperada, furtiva incluso, delictual. Ingresar por una ventana quien no posee llaves para abrir la puerta o quien desea colarse al interior sin ser visto. Aunque también a través de ellas salimos; con la mirada, ciertamente, cuando no con el cuerpo entero, que siempre puede arriesgarse al vacío para escapar. Lo que quiero decir es que por la ventana se puede entrar y salir de un ámbito disciplinar, como es la historia y la teoría del arte moderno, sin apenas ser percibidas,

llevándonos incluso bajo el brazo alguna frase, alguna imagen, algún pensamiento que sirva acaso para volver a mirar lo que hemos visto repetidas veces. Solo entonces Édouard Manet, Charles Baudelaire, André Breton, Paul Cézanne, Berthe Morisot, Marcel Duchamp, Walter Benjamin, Marc Rothko, Nemesio Antúnez o Eduardo Vilches, en cuyas obras y poéticas me detengo, han podido convertirse en ventanas tan inmóviles y misteriosas como las que se multiplican a través de la mía. Meras excusas, en el fondo, para contar algunas historias, acodarme en el marco siempre transitorio de un efecto de comprensión y volcar sobre la página esos murmullos que se oyen, confusos, en la lejanía.

La ventana es ella misma una metáfora de la mirada, un motivo artístico y literario, pero sobre todo, ya lo decía, una experiencia. Una experiencia de la imagen. Levantar la cabeza y dejarse atrapar por la ventana es parecido a dejarse atrapar por un cuadro, una fotografía, un poema. En todos los casos, se interrumpe el curso habitual de la mirada o las ideas mediante un recorte, un umbral que conduce a otro tiempo y otro lugar, para quizás devolvernos luego, con la percepción vigorizada, al tiempo y lugar que nos reclama. Se trata de un modo de movernos en la quietud, iluminadas por la luz siempre oblicua que ingresa a través de ellas, pero también intrigadas por lo que a través de ellas no se ve. Dispuesta, en suma, como un verdadero marco para el deseo, la ventana propone un juego de opacidades y transparencias tan caro a la mirada —y a la escritura— como en otro tiempo lo fuera el claro de un bosque, una hendedura en el tejado, o un libro sin empezar.